

Los patrimonios de la despoblación: la diversidad del vacío

Luis A. Camarero Rioja | Dpto. de Teoría, Metodología y Cambio Social, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/4517>

RESUMEN

El texto hace un recorrido sobre la cuestión de la despoblación rural. Si bien la literatura se ha centrado en el análisis de las tendencias demográficas acerca del declive de la población rural, este texto trata, sin embargo, de comprender el proceso de despoblación en el contexto del cambio rural en relación con la movilidad espacial y la diversidad social. El artículo destaca la importancia y prevalencia que tiene el hábitat de baja densidad en España. Bajo el punto de vista de la despoblación, la mayoría de los autores han interpretado que el sistema de hábitat con escasa población no es funcional. Sin embargo, aquí se considera la estructura socio-territorial como un modelo de asentamiento y patrimonio cultural. Es generalmente admitido que la calidad de vida del conjunto de la población en España está relacionada con la estructura del hábitat, –por ejemplo: calidad ambiental y alimentaria–. Asociado a este modelo de asentamiento se ha desarrollado un sistema de gobernanza, muchas comunidades locales con capacidades políticas dispersas por el territorio, que soportan la preservación de este y el control local de sus usos. Desde la diversidad social y la perspectiva de los territorios de baja densidad se abren otras formas de actuación para enfrentar el declive rural.

Palabras clave

Cosmopolitismo | Despoblación | Baja densidad demográfica | Diversidad cultural | España | Movilidad | Movimientos migratorios | Gobernanza municipal | Patrimonio cultural | Población | Ruralidad | Territorio |



La fecundidad rural es menor que la urbana | foto Javier Sánchez Salcedo

The depopulation heritage: the diversity of the rural void

ABSTRACT

This article is a brief essay that addresses the issue of rural depopulation. Although in the literature the study of this topic has focused on the analysis of demographic trends about the decline of the rural population, this text tries to understand the depopulation process in the context of rural change in relation to spatial mobility and social diversity. The document highlights the importance and prevalence of low-density habitat that it has in Spain. Under the view of depopulation, most authors have interpreted that the habitat system sparsely population areas is not functional. However, the article considers the socio-territorial structure as a model of settlement and cultural heritage. It is largely admitted that the quality of life of the Spanish population as a whole is related to the structure of the habitat –i.e. environmental and food quality–. This settlement model has developed associated with it a system of governance –many local communities with wide political capabilities scattered by the land– that has allowed to preserve the territory and to control its uses. Thinking about social diversity and from the perspective of low-density territories is another way to explore some new directions to face rural decline.

Key words

Cosmopolitanism | Depopulation | Low population density | Cultural diversity | Spain | Mobilities | Migrations | County governance | Cultural heritage | Population | Ruralities | Territory |

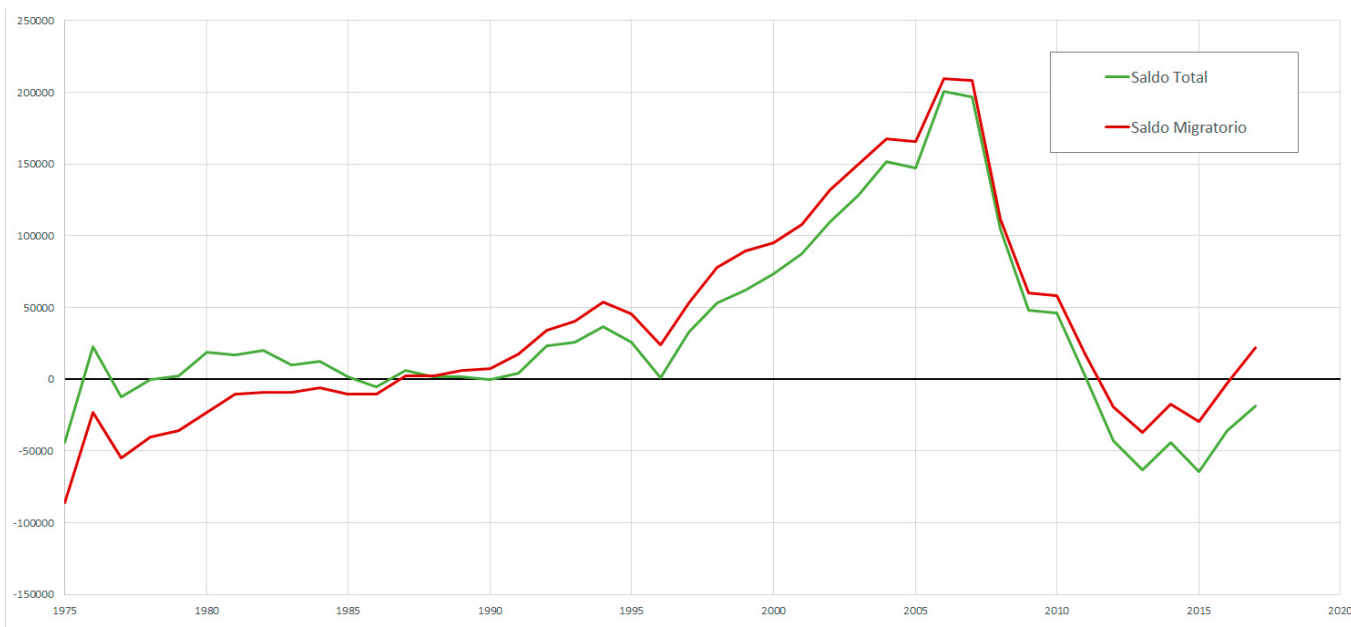
Cómo citar: CAMARERO RIOJA, L. (2019) Los patrimonios de la despoblación: la diversidad del vacío. *Revista PH* [en línea], n.º 98, 2019, pp. 50-69 <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/4517>

Enviado: 26/07/2019 | **Aceptado:** 03/09/2019 | **Publicado:** 04/10/2019

La *España vacía* y la *España vaciada* separan con un simple juego de letras sentimientos urdidos bajo miradas distantes. La España vacía nos remite a las ausencias, predica las carencias y nos habla en negativo. La mera pronunciación del vocablo vacío nos impele hacia una España adjetivada de terminal, representada por una cartografía salpicada de pueblos en extinción y tejida por trayectos hacia lugares sin retorno vital. Poco podemos hacer cuando pensamos en la España inviable. En esa parálisis viajamos hacia la España vaciada. Buscamos en el pasado mientras confiamos, al desenterrar las causas, descubrir el antídoto. La España vaciada predica sobre la expulsión, y cuando la restauración es imposible nos encamina a pedir cuentas y solicitar la indemnización del pasado. Terminamos convertidos en víctimas buscando gigantes en los molinos de la historia. Los versos con su potente evocación a veces nos adormilan hiperbólicamente. No estamos para políticas paliativas que nos sepultarían en vida. Tampoco merece la pena plantear políticas pensadas sobre la rendición de cuentas, sobre un pasado que, como afectados, vamos forjando a imagen y semejanza del presente. Si hablamos del vacío en lógica secuencia decimos que fue vaciado. Pero, tal vez, las cosas no fueron solo así. Los procesos sociales no responden a linealidad alguna, son extremadamente complejos. La discusión será inmediata –lo reconozco– pero ¿acaso pudimos no habernos modernizado? ¿Era sostenible un modelo de territorio basado en la insuficiencia campesina? El cambio siempre es necesario, a la par que irremediable.

En cierta medida, la despoblación es un viaje de moda, nuestro imaginario establecido en el *horror vacui* no es una cuestión reciente. La crisis, denominada genéricamente con el número 2009 –y así vulgarizada como inevitable–, el estallido global de la burbuja de la acumulación financiera, hicieron que cambiaran algunas cosas, pero sobre todo que fuéramos conscientes de algunas transformaciones profundas que venían fraguándose hacía ya tiempo. La acumulación de contradicciones, como nos enseñaba Karl Marx –el viejo maestro de la dialéctica–, se ha hecho patente en un periodo caracterizado por la fuerte reducción de actividades y por la retirada de fondos públicos como motores del bienestar. En la resaca de 2009 hemos observado de forma conjunta el efecto continuado que sobre nuestras vidas iban produciendo la interdependencia y mundialización económica, la transformación de los regímenes de acumulación, el profundo cambio demográfico de nuestras sociedades y la explosión de movilidades, pero también, de forma simultánea, el impacto de todo ello sobre el territorio. En la crisis las vidas se sintieron vulnerables y los territorios despoblados.

Les costará creerlo –pero no por ello es falso–: durante los lustros del tránsito del siglo XX al XXI las áreas rurales han estado recibiendo población; vinieron más de los que se fueron (figura 1). La falta de nacimientos y la pertinaz mortalidad de una población cada vez más centenaria, y afortunadamente con esperanzas de vida en crecimiento, eran compensados por la llegada



Crecimientos migratorio y total en las áreas rurales. 1975-2017. El saldo total es el crecimiento/ decrecimiento absoluto es el resultado aritmético del crecimiento migratorio –representado en la figura– y el vegetativo. Municipios menores de 10.000 habitantes | fuente Elaboración propia a partir de MNP, EVR y padrones. INE

de nuevos residentes. No eran muchos más, pero iban renovando las poblaciones e impulsando un dinamismo que la crisis truncó de forma abrupta. La crisis esta vez nos llevó a la salida de jóvenes, a la concentración urbana, y a la emigración internacional. Vimos los cimientos endebles de un modelo de precarización instalado en la alta circulación de trabajadores globales. Pero además la reducción y concentración de servicios como nuevas formas de gestión y de organización del bienestar, que se venían explorando en las sociedades liberales del conjunto de Europa desde las últimas décadas del XX, se aliaron con la merma pública de recursos y extracción privada de capitales. Las áreas rurales padecerán de forma más aguda estos vientos. Hasta los ancianos, que habían durado toda una vida, se vieron saliendo del pueblo y marchando hacia a los nuevos polos de atención sanitaria. Es entonces cuando tomamos consciencia de lo que venía larvándose, es en ese instante cuando notamos el cambio que viene produciéndose, cuando el despoblamiento queda anotado en nuestras agendas. El despoblamiento es la sensación y el vértigo que produce el cambio en nuestra forma de organización territorial. En 2009 se desploma la entrada de inmigrantes y los saldos vegetativos negativos quedan al desnudo (ver gráfico de esta página y el de p. 62). Se apodera de nosotros el sentimiento de vacío, del tiempo perdido.

El texto hace un recorrido por el paisaje social de la ruralidad, esta vez desde una mirada a las raíces que soportan el patrimonio. Las oportunidades de futuro se cimentan generacionalmente. No atenderemos a lo que hemos perdido sino al legado. La ruralidad es un producto histórico. Rastreamos lo que conservamos, las formas de relación socioespaciales que largamente han venido produciendo nuestras generaciones de ascendientes. El lec-

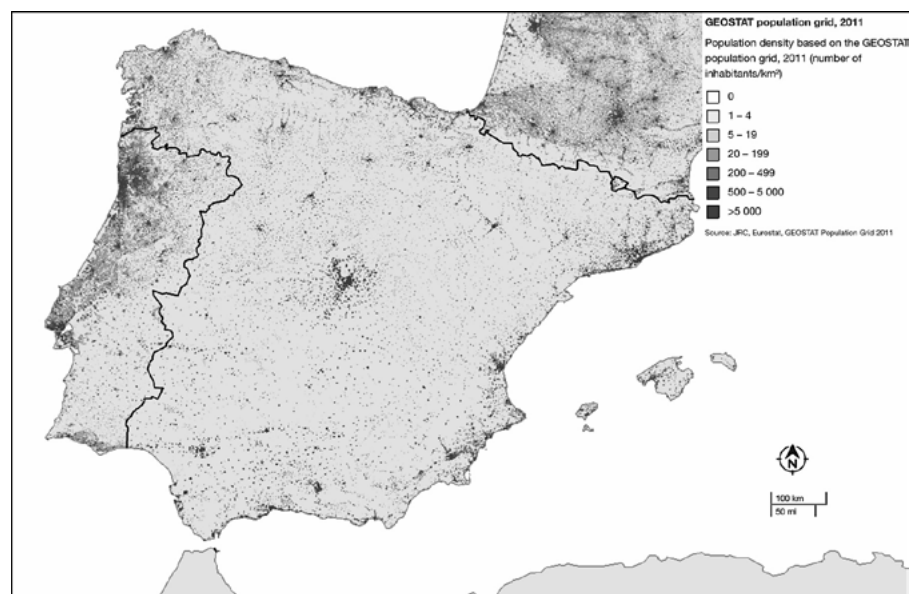
tor deberá ser paciente y llegar hasta el final del trayecto porque, en este empeño, deberemos transitar por los elementos que concitan la cuestión del despoblamiento y sobre los pilares que articulan la ruralidad en la sociedad global.

NUESTRO MODELO DE BAJA DENSIDAD

El despoblamiento no es un fenómeno nuevo. La sensación de vacío es recurrente e intermitente, destacada en distintos momentos de la historia. Fermín Caballero, senador, en 1862 veía con nerviosismo espacios vacíos a lo largo y ancho de la Península hasta el punto en que quería inundar todo el espacio peninsular mediante el *coto acasurado*, asentando familias-explotación como ideal de la modernidad agrícola (CABALLERO, 1864).

Joaquín Costa, el regeneracionista, hace un siglo ya, señalaba el despoblamiento como fenómeno acuciante: “La montaña se está despoblando ya a toda prisa, y como los emigrantes no encuentran condiciones de vida en la tierra baja, cerca de su casa, en su propia patria, emigran al extranjero o a Cataluña, siendo para el Alto Aragón brazos perdidos” (COSTA, 1911). Castilla se va hacia la mar, recitaba a la par Machado en 1910 para describir el éxodo campesino hacia América.

Para enfocar la cuestión del despoblamiento es importante comprender que España es un territorio, comparativa y tradicionalmente con el resto de Europa, de baja densidad. Nuestro modelo de poblamiento se caracteriza



La estructura de asentamientos



por adaptarse a las condiciones geográficas, climáticas y edafológicas. Los pueblos, parroquias, caseríos y aldeas aparecen diseminados y esparcidos por el territorio hasta ajustarse como un guante sobre el terreno áspero de Galicia; van salpicando en forma de majada y alquería los asentamientos de pozo-oasis por el interior desértico de Almería; o llenan el horizonte a través de poblachones de vega que huyen del rabioso secano... Nuestro territorio, nuestra estructura de pueblos, se ha conformado históricamente en condiciones muy distintas a nuestras formas actuales de vida. Pero aún así hemos conseguido mantenerlo, aunque no sea fácil, hasta hoy. La cuestión del desdoblamiento debemos abordarla desde la comprensión de nuestro sistema de asentamientos. Si sobre el mapa de España trazamos una rejilla cuyas cuadrículas abarquen una la extensión de 1 km² y punteamos aquellas en las que vive alguien, aunque sea solo una persona, encontramos que ¡solo en el 20% de los huecos de la red tiene a alguien dentro! (véase mapa página 54). En el 80% del territorio no reside nadie.

El modelo de baja densidad es parte de nuestro modelo de vida y resulta crucial para el mantenimiento de nuestra calidad de vida; habrá quien niegue la mayor, pero ciertamente no vivimos mal ni en la ciudad, ni tampoco en el campo. Nuestros niveles de vida, al menos, no mantienen diferencias abismales.

La dehesa que teje la Extremadura, recorre los bordes del occidente manchego, se extiende por la Raya y navega por las riberas del Guadiana en la Andalucía es un ejemplo de sostenibilidad, de aprovechamiento y ordenación socio-espacial –que sólo tiene sentido en un mundo esculpido por

El modelo de baja densidad es parte de nuestro modelo de vida y resulta crucial para el mantenimiento de nuestra calidad de vida. En la imagen, dehesa de Extremadura | foto Juan Sevilla



En los municipios de menos de 1.000 habitantes el 24% de la población supera los 70 años | foto Alejandro Gómez

1

“La era Aquarius”, campaña producida por Sra. Rushmore, 2012.

la baja densidad—. La Red Natura que alberga los LIC –lugares de interés comunitario– cubre el 23% de la superficie terrestre de nuestro país y le ofrece algún tipo específico de protección ambiental. Además el 20% del territorio está catalogado como ZEPA, zonas de especial protección de aves.

La baja densidad nos acuna en la protección ambiental, pero la baja densidad también nos provee de calidad alimentaria. El salazón, el adobo y el escabeche no son sino adaptaciones a la vida de baja densidad y al hábitat remoto. Son formas culturales para hacer frente a la lejanía de los abastos. La dieta mediterránea, los movimientos *slow*, el *buen vivir*... son formas, estilos y proyectos vitales que solo pueden ser pensados desde el modelo de baja aglomeración residencial. El turismo rural como expresión de consumo cultural, el tener un pueblo –y una segunda residencia– o como dice el anuncio “pueblos que nos adoptan¹” constituyen referentes culturales de la modernidad tardía que se soportan a partir de nuestro entorno de hábitat.

Debemos considerar nuestro modelo de poblamiento como un auténtico valor patrimonial. Es fruto del legado de generaciones y generaciones que han construido y modelado nuestro territorio y nuestras formas de vida. Sobre ello volveré al final.

EL PESO DE LOS DATOS DEMOGRÁFICOS

El despoblamiento debemos abordarlo desde la comprensión del sistema de baja densidad. Tengamos en cuenta que si todos los municipios tuvieran

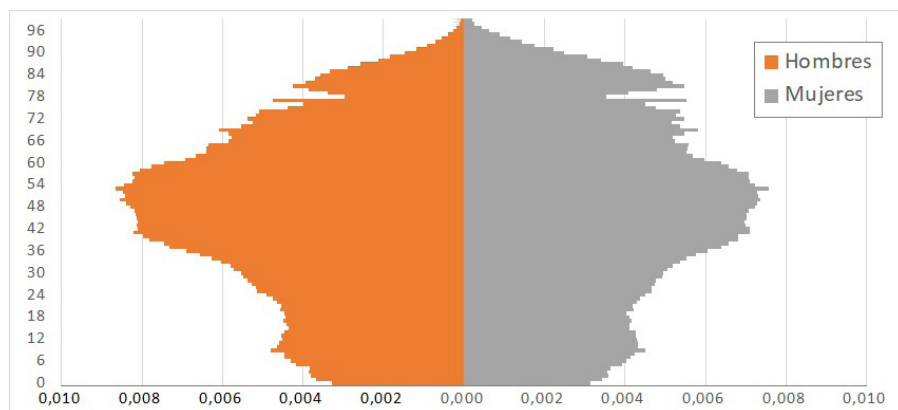
el mismo número de habitantes España tendría 8.100 municipios de 5.800 habitantes (aproximadamente, 47 millones de habitantes/8100 municipios). Siempre vamos a convivir con un territorio de baja densidad. No resulta realista hacer proyecciones de crecimiento.

La cuestión demográfica no tiene relación con el número sino con el equilibrio. Una población se compone de generaciones y de hombres y mujeres. Y esas son las dos grandes fuentes de desequilibrio, que falten generaciones y que no haya proporción entre mujeres y hombres. España está envejecida, y las áreas rurales sobreenvejecidas. El 19% de los habitantes rurales (<5.000) tiene más de 70 de años: uno de cada cinco habitantes (ver gráfico de esta página). Mientras el 12% es menor de 14 años. Estas cifras suponen que hay un menor por cada dos ancianos. Para el conjunto de España la relación es un anciano por un menor. Estos desequilibrios se hacen extremos en pueblos de pequeño tamaño. En los municipios de menos de 1.000 habitantes el 24% de la población supera los 70 años (INE, datos para 2018).

El sobreenvejecimiento en el contexto de los países mediterráneos en el que los cuidados se centran en sistemas familistas genera una importante presión sobre la generación soporte: quienes integran el grupo de edad intermedio, que son quienes cuidan a pequeños y mayores, y además trabajan, y quienes incluso, por la falta de jóvenes, asumen la dinamización cultural.

Sobre este panorama de difícil encaje generacional encontramos un territorio masculinizado en el que las mujeres jóvenes se han ido (ver gráfico a pie de página). Por ejemplo, para el grupo de personas que se encuentran entre los 30 y los 34 años encontramos, en municipios de menos de 1.000 habitantes, que hay 8 mujeres por cada 10 hombres (datos 2018-INE).

En las áreas urbanas, por el contrario, hay bastantes más mujeres que hombres. La masculinización rural es un fenómeno que también constatamos en



La población rural 2018. Municipios menores de 5.000 habitantes | fuente Elaboración propia a partir del padrón continuo, INE



Las áreas rurales se caracterizan por ofrecer mercados de trabajo muy restrictivos para las mujeres | fotos (de arriba a abajo y de izquierda a derecha) Chelva, pueblo serrano de Valencia (Antonio Marín Segovia); Valles pasiegos en Cantabria (José Luis Canales); En un pueblo de Huelva (Steve Slater); Villaluenga del Rosario en Cádiz (PhotoLanda)

otras regiones europeas como la Alemania que se sitúa al este del Elba y de forma generalizada en la Europa del Este (WEIST; LEIBERT, 2013). Los datos señalan el medio rural resulta hostil para las mujeres.

He dicho el medio, no la población. Las áreas rurales se caracterizan por ofrecer mercados de trabajo muy restrictivos para las mujeres –precarios, con baja cualificación y con oportunidades de promoción muy reducidas–. Además, las cargas familiares y las mayores dificultades de movimiento, tanto derivadas de la crianza y cuidados como por la pervivencia de sanciones culturales a la movilidad de las mujeres (CAMARERO; SAMPEDRO, 2008), dificultan el desarrollo de vidas “en habitaciones propias” como decía la genial Virginia Woolf.

Esta situación resulta tan determinante que en la actualidad estamos comprobando que la fecundidad rural es menor que la urbana. Es un dato que nos está sorprendiendo, la caída de la fecundidad es un síntoma de la urba-

nización. De forma hipotética atribuimos su explicación al hecho de que quienes quieren tener hijos es más probable que salgan de las áreas rurales para desarrollar un proyecto familiar que parece más posible de realizar en entornos urbanos. Según hemos calculado a partir de datos del Movimiento Natural de la Población la tasa de fecundidad sintética, es decir el número medio de hijos que tendrá una mujer a lo largo de su vida es de 1,27 en áreas rurales frente a 1,3 en áreas urbanas (datos 2017, INE). Tradicionalmente, hasta hace poco, las grandes familias eran rurales, hoy los datos muestran un cambio de tendencia.

MOVILIDADES EN MUNDOS HÍBRIDOS

Estas últimas reflexiones nos llevan a otra cuestión central para comprender nuestro modelo de poblamiento: la movilidad. El número de desplazamientos, intercambios y comunicaciones rural-urbano es tan intenso que en cierta medida podemos afirmar que estamos en ambos sitios a la vez.

Quienes trabajan se desplazan (CAMARERO; OLIVA, 2016). Hace tiempo que la agricultura cambió. Incluso hay agricultores que por las mañanas toman el ascensor hasta el garaje, luego el coche y se desplazan hasta la finca donde cambian el utilitario por el tractor. La mayor parte de los trabajadores que viven en las áreas rurales se desplazan diariamente fuera de sus localidades. Pero también sucede a la inversa, muchas ocupaciones especializadas –médicos, bomberos, maestros...– traen diariamente a trabajadores –que difícilmente pueden establecerse a veces en las áreas rurales–.

El *commuting*, pero también la estacionalidad, configuran el día a día de los pueblos. En la canícula del *Ferragosto* en muchos pueblos de España no cabe un alfiler; las piscinas –el equipamiento de moda rural–, pero también las albercas, estarán llenas de bañistas; deberemos reservar mesa con mucha antelación y aún así esperaremos hasta tarde porque habrá turnos. Y paradójicamente en esos lugares del descanso y del tiempo calmado terminaremos almorzando en restaurantes de frenético ritmo *fordista* después de competir por la búsqueda de un aparcamiento que ni siquiera tendrá el incentivo de la sombra. La segunda residencia (PINO, 2014) resulta básica en la conformación del hábitat rural y de la permanencia de los servicios. El 30% de las viviendas en municipios menores de 5.000 habitantes tiene carácter secundario². Pero también sucede al revés, y los habitantes rurales adquieren viviendas urbanas, para que estudien los hijos –primero–, y para acercarse según avanza la vida durante la “época de médicos” –después–. Como norma general los jóvenes rurales viven entre semana en pisos compartidos urbanos, tanto si estudian como si trabajan, para volver los fines de semana al nido familiar. Son, como el gato de Schrödinger, rurales y urbanos a la vez.

2

Respecto del total de viviendas consideradas familiares –que incluye también las viviendas vacías–. Si excluimos las viviendas vacías obtenemos que el 52% de las viviendas habitadas permanente o estacionalmente se corresponde con viviendas secundarias. Censo de Población y Viviendas 2011. INE.

La reflexión de la necesidad e importancia de la movilidad nos conduce a la brecha que supone el acceso a los recursos económicos, de consumo y servicios del bienestar. La diferencia rural-urbana se construye sobre las diferencias de accesibilidad. Hay movilidad pero, aunque en nuestro imaginario la asociamos al mundo urbano es aún más intensa en los lugares más rurales. Los servicios llegan a todos los lados, eso es cierto; nuestro estado del bienestar sigue teniendo espíritu de universalidad, pero también es cierto que dependiendo de dónde residamos tenemos que soportar un plus de acceso. Según el último dato de la encuesta de condiciones de vida el 23% de los hogares rurales declara dificultades para acceder a tiendas de alimentación, cifras muy parecidas para llegar hasta bancos o servicios sanitarios de atención primaria. Así, mientras que por regla general algo más de la quinta parte de los hogares rurales señala dificultades de acceso al conjunto de servicios, en la misma situación se declara solo la veintava parte de los hogares urbanos. La diferencia rural-urbana en términos de accesibilidad es notoria: de cuatro a uno en contra de los pueblos (datos de la Encuesta de Condiciones de Vida. 2012. INE).

El plus de accesibilidad –que en el fondo podemos denominar brecha rural– se agrava por la ausencia de transporte público. Se fue el ferrocarril, la vía estrecha, los autobuses... Solo la tercera parte de los hogares rurales dice ser usuario de transporte público, cifra que en áreas metropolitanas supone el 90%. Mayor demanda de movilidad y menor disposición de transporte condicionan la vida de las áreas rurales, cuyos habitantes se ven abocados al uso del transporte privado, léase automóvil. Pero también en otros tantos casos, como consecuencia del efecto que tienen la edad avanzada y el coste económico en las oportunidades de automovilidad, se encuentran destinados a soportar la inmovilidad. En definitiva, la accesibilidad supone una situación desigual del conjunto de áreas rurales respecto a las condiciones de bienestar. El panorama se complejiza por la sobrecarga que suponen sobre la generación soporte los desplazamientos de los dependientes y excluidos del transporte público.

RURALIDADES INVISIBILIZADAS

Sobre estos mimbres de creciente movilidad e intercambio basados en la desigualdad se superponen las corrientes migratorias recientes: ¿Quiénes han venido/vienen a las áreas rurales? Esta es una cuestión clave. Hemos llorado las ausencias pero evitamos hablar de las presencias. Hay un fuerte desconocimiento. La España vacía es tan sonora que nos impone una mirada muy focalizada y nos aleja de otras visiones. Están llegando personas al medio rural, así ha sido hasta la crisis. Llegan jubilados, prejubilados y en algún caso también jóvenes que apuestan por formas propias de vida, por disfrutar del territorio de baja densidad. Sobre este panorama, ama-



La llegada de población extranjera queda fuera de los imaginarios del desarrollo | foto Prensa Ajuntament de Torrent

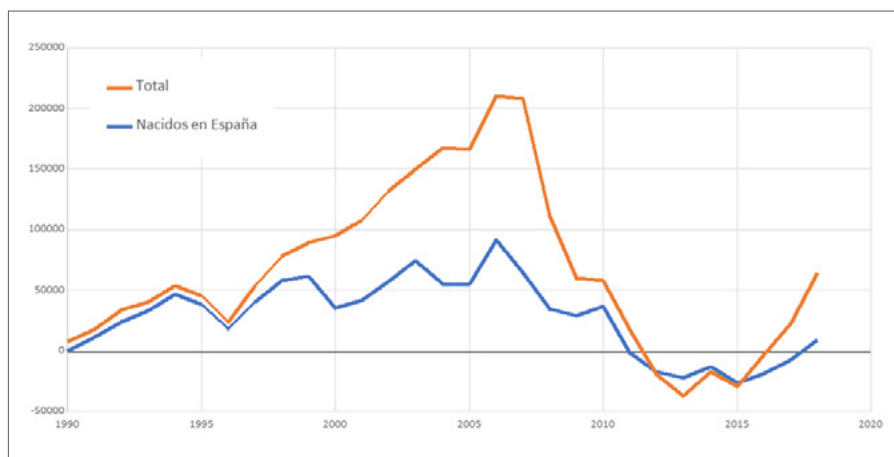
ble para nosotros, se añade la llegada de población extranjera, que queda fuera de los imaginarios del desarrollo. Esta población, los nacidos fuera de España³, ha adquirido durante la primera década del siglo XXI un peso fundamental en los pueblos y áreas rurales de España. El 7% de la población de los municipios de menos de 1.000 habitantes ha nacido en el extranjero —en toda España es un 14%—: rumanos, búlgaros, marroquíes, ecuatorianos son los principales grupos nacionales presentes en áreas rurales (CAMARERO; SAMPEDRO, 2019). Esta cifra tiene una variación grande: desde el 23% de extranjeros en el Alicante rural, modelo de baja densidad que atrae al igual que la California a grupos transnacionales de jubilados amén de trabajadores, al 19% en Almería, modelo de desarrollo de enclaves intensivos agroindustriales, pasando al 9% de Soria, el 10% de Huesca o el 11% de Teruel, en esa España que domina nuestra representación de vacío. Pero esa España despoblada cuenta con uno de cada 10 habitantes que ha nacido en el extranjero y su generación soporte es una generación nacida fuera (datos 2018, INE).

Varios elementos nos llevan a reflexionar. La crisis ha supuesto la paralización de la llegada y del reagrupamiento familiar. Sin embargo, desde 2016 volvemos a observar saldos positivos en las entradas de extranjeros en áreas rurales, mientras que los nacidos en España siguen manteniendo saldos negativos (ver gráfico p. 62).

Los extranjeros pasan desapercibidos aun cuando han tenido un impacto grande, especialmente en lo referente a la fecundidad y vitalidad rural. De hecho, justo antes de la crisis del 2002 al 2008 se pudo observar por primera

3

En lo que sigue se habla de nacido fuera de España como mejor aproximación a la población inmigrante. El lugar de nacimiento nos acompaña de por vida pero la nacionalidad no lo hace necesariamente. En muchos casos el tiempo de permanencia permite que se adquiera la nacionalidad española de forma que estadísticamente resulta difícil el análisis de la población inmigrante. No obstante, el lugar de nacimiento no es exacto porque puede incluir como inmigrantes los hijos que los españoles han tenido en el extranjero. Este grupo es numéricamente pequeño por lo que su efecto no debería ser significativo. Como se verá más adelante el empleo del lugar de nacimiento de la madre nos permite conocer de forma más precisa la fecundidad de la población extranjera, algo que sería imposible a partir de la nacionalidad, casi siempre española, de sus hijos.



Saldos migratorios en áreas rurales según lugar de nacimiento | fuente EVR-INE. Elaboración propia

vez en décadas la entrada de población infantil y también de adolescentes en áreas rurales. La inmigración es un proceso familiar y conlleva después de un periodo de asentamiento la reagrupación familiar. Habitualmente vemos a los inmigrantes como individuos, meramente como trabajadores, pero son ante todo familias en movimiento.

Los índices de fecundidad –ICF que mide el número de hijos a lo largo de la vida de las mujeres– son mayores para madres extranjeras, 1,6 hijos, frente a 1,2 para madres nacidas en España. Me refiero a madres que viven en áreas rurales. Es decir, es un tercio mayor el aporte que hacen las madres extranjeras. Para zonas de fuerte despoblación como Castilla y León las diferencias son aún mayores. En las áreas rurales de Castilla y León las madres nacidas en España tienen un hijo a lo largo de su vida –la mitad necesaria para la reproducción de una población que sería ligeramente superior a 2–, mientras que quienes han nacido en el extranjero tienen 1,5 hijos como media a lo largo de su vida reproductiva: un 50% más en relación. Pero no solo tienen hijos, sino que además reagrupan con el tiempo a los hijos que tuvieron en sus lugares de origen (datos 2017, INE).

4

Proyecto Inmigración. Crisis e Inmigración en el Medio Rural de Castilla y León: Escenarios Socio-territoriales para el Arraigo de los Inmigrantes y la Sostenibilidad Social de las Áreas Rurales (CSO2015-67525-R).

No es fácil hacer números, pero para Castilla y León he estimado, con la profesora Sampedro que lidera un proyecto sobre el impacto de la inmigración⁴, cuál es la repercusión sobre el poblamiento. Están los nacimientos y los reagrupados de 2.ª generación –antes de los 6 años– que son nacidos fuera de España pero que solo conocen el lugar de destino, y también los denominados generación 1.5, aquellos que llegan entre los 6 y los 12 años, que se integran, al menos parcialmente, en el sistema educativo. En total nuestra estimación destaca que entre la quinta y la cuarta parte de los nuevos rurales de Castilla y León lo es de madre nacida en el extranjero. En concreto el aporte total durante la década 2007-17 para los municipios rurales de Castilla y León ha sido del 23,5% sobre el total de menores de 13 años. El

dato habla por sí sólo. Pero no solo somos números, ni tasas de crecimiento o indicadores de producción.

De la misma manera que cuando hablamos de movilidad lo primero que nos viene a la mente son ciudades, cuando hablamos de cosmopolitismo también inmediatamente pensamos en metrópolis. Sin embargo, como resultado de la intensa movilidad, la diversidad cultural y la heterogeneidad social en las áreas rurales es creciente. Aquella imagen de los pueblos como los lugares en los que no pasaba nada se volatilizó. De hecho, comenzamos a utilizar el término “superdiversidad” porque no es simplemente que haya grupos diferentes, sino que cada caso es distinto. No sólo encontramos, por ejemplo, inmigrantes, sino que cada uno de ellos estará en una situación distinta –refugiado, nacionalizado, con permiso de reagrupación, familiar de visita, jubilado...–. La diversidad –nacional, cultural y religiosa– que adquieren progresivamente las áreas rurales es un potencial para el desarrollo. No solo por el aporte que supone el propio cosmopolitismo de estilos de vida, sino también porque esta diversidad supone una fuente de innovación muy valiosa en el contexto de las “economías del signo y del espacio” que están fundamentadas precisamente en la incorporación de identidades territoriales (LASH; URRY, 1994).

Este cosmopolitismo es por lo general negado. Autores como Michael Woods (2018: 164-176) hablan de cosmopolitismo precario. En las áreas rurales nos encontramos con una integración débil respecto a la inmigración. El hecho de que no haya conflicto no quiere decir que haya realmente integración. La convivencia se regula de forma general por la idea de asimilación. Se considera a los extranjeros exclusivamente como trabajadores, sin un estilo de vida propio –que debería igualarse en cuanto a costumbres a los denominados usos locales–, y ni siquiera se les atribuye capacidad que tienen como consumidores. Hay un reconocimiento parcial respecto a este importante grupo –numérica y cualitativamente– de nuevos residentes. En consonancia con esta situación de trabajador “prestado” el establecimiento de los inmigrantes en áreas rurales acaba siendo temporal, sin que en la mayoría de los casos se instalen a medio plazo para el desarrollo de un proyecto vital. La crisis los sacó hacia las ciudades –no necesariamente volvieron a sus países– sino que se hicieron urbanos (SAMPEDRO; CAMARERO, 2017: 3-31). Esto también sucedió con la población autóctona, que se dirigió a las ciudades en busca de oportunidades laborales, educativas y asistenciales, pero en el caso de los inmigrantes tuvo como aliciente añadido el acercamiento a las redes coétnicas de apoyo. La falta de programas de acogimiento –lo que en otros lugares se han llamado las *welcoming communities*– ha contribuido a no retener capital humano y mermar la capacidad de renovación y el potencial que tiene la diversidad cultural. En definitiva, a despreciar el cosmopolitismo como fuerza de desarrollo. Las comunidades de acogida son programas que abarcan más allá de la mera recepción, sino que preparan

también a las comunidades para reconocer su propia diversidad y generar formas de apertura.

EL GIRO CULTURAL

Las áreas rurales no son inmunes al proceso de cambio global. Su transformación ha venido a través de los vientos de la modernización económica pero también a partir del proceso profundo que se ha operado de división regional del trabajo y que ha determinado la implantación de grandes y largas cadenas de valor alimentario. En esta situación paradójicamente la actividad agraria ha crecido, pero a costa del precio de hacerse independiente de la vida rural. Crece la producción agrícola exponencialmente, mientras avanza el despoblamiento. La agricultura ha dado la espalda al campo. La diferencia rural-urbana se fundamentaba en la diferenciación de espacios y sociedades agrarias. Que las formas agrarias de vida se hayan diluido a partir de la revolución verde no implica que la ruralidad desaparezca.

La diferencia rural-urbana es una construcción social, de la misma forma que el género es también una construcción social. Haber nacido hombre o mujer no nos predispone a ciertos comportamientos como, por ejemplo, llevar el pelo largo o corto, o vestir ni falda ni pantalón. De la misma forma haber nacido o vivir en el campo o en la ciudad no nos predispone a ser ni más listos, ni menos inteligentes, ni más creativos, ni más sensibles o más afables ni tampoco cerrados. El carácter rural o urbano son atribuciones de sentido social, como lo es ser masculino o femenino. Sentidos que en el caso de la distinción rural-urbana cambian con el tiempo.

El giro cultural, propio de la crisis de la modernidad y que proporciona la explosión postmoderna de identidades, viene diluyendo algunas categorías –por ejemplo, emergen identidades sexuales híbridas– y resignificando otras como es, en el contexto de alta movilidad, el caso de las ideas de campo y ciudad. El garrulo que expresaba el cine del *landismo* y que habitualmente protagonizaba un paleta, aragonés canónico, ha dado paso a prototipos antagónicos como el Sr. Cayo de Delibes, habitante de un territorio esencial y prístino con identidad propia. O incluso al reflejo postmoderno de una ruralidad cosmopolita y absolutamente heteróclita en la película Amanece que no es poco.

La inclusión de la cultura y del consumo como factores del proceso de acumulación y como agentes moldeadores de los espacios del capital –que es legado de la postmodernidad (JAMESON, 1998)– abren otra comprensión de la ruralidad. La diferencia rural-urbana se ha convertido especialmente en una diferenciación de consumo. Pensemos, por ejemplo, en el turismo rural, que reproduce el imaginario de una vida perdida, o en las denominaciones



Ruralidad cosmopolita; en la imagen, Hervás (Extremadura) | foto Leopoldo de Castro

de origen que incorporan identidades territoriales a productos que de esta forma adquieren valor frente a producciones industriales indiferenciadas. La experiencia rural se reproduce en distintos productos artesanos y también en la propia atracción de residencia en entornos exclusivos –sólo basta mirar los anuncios de las inmobiliarias–. El idilio rural cobra fuerza como imaginario de la vida de muchas regiones. La Toscana, esa región sobre la que se construye la virtud de la vida rural chic, es sin embargo, como nos recuerda Saviano en Gomorra, un territorio que esconde talleres clandestinos de textil repletos de mano de obra inmigrante esclavizada. Frente a la realidad el imaginario: el largometraje *Un verano en la Toscana* ha servido de instrumento de difusión de la “ciudad lenta” y de la dieta de proximidad-gourmet, un lugar para comenzar una nueva vida, fuera de la inclemencia de la vida gris en la metrópoli global. Rural-urbano han variado desde la diferencia en la carrera por el desarrollo hasta convertirse en distinciones de consumo.

LEGADOS...

El cambio rural puede resumirse como resultado de tres transiciones. La primera, la transformación de los regímenes alimentarios, la industrialización de la producción alimentaria y el establecimiento de cadenas globales soportadas por una división regional del trabajo. La segunda es la transición demográfica: sociedades envejecidas, en las que se hace mayor el intervalo entre generaciones y que demandan nuevas formas de organización social y de relación entre grupos generacionales. La tercera la movilidad múltiple



En el mundo actual no somos ni rurales, ni urbanos. Somos rurales y urbanos a la vez. En las imágenes, Museo al Aire Libre del Barrio de Abajo de Tabanera de Cerrato (Palencia), convocatoria organizada por la Universidad Rural Paulo Freire del Cerrato | fotos Daniel Merino, Luana Fischer



y creciente que produce sociedades superdiversas. Si no queremos que el despoblamiento nos ciegue bajo la consideración de “hecho total” –y probablemente final– es sobre estas corrientes donde debemos leer la acción acumulativa de las generaciones. Durante el recorrido realizado por esos lugares que ni están vacíos, ni vaciados, se desprenden tres elementos centrales en la configuración patrimonial: el modelo de baja densidad, el cosmopolitismo y la resignificación de la ruralidad.

El modelo de baja densidad es un modelo de asentamientos construido de forma histórica que ofrece el soporte de nuestro modo de vida en términos de bienestar. La forma de asentar, interpretar y producir el territorio es un conjunto patrimonial culturalmente elaborado. Bajo esta consideración deberíamos preguntarnos por la gobernanza del mismo. El modelo de baja densidad se basa en la existencia del tapiz político que componen los más de 8.000 municipios. Hoy, a pesar del anclaje constitucional del municipio, los vientos de la racionalidad económica cuestionan este modelo. La Ley de Racionalización y Sostenibilidad de la Administración Local (2013) constituye un ataque frente a la capacidad política que tienen los pueblos. Un municipio no es un mero gestor de servicios, de hecho tiene pocas competencias y la susodicha ley le retira las competencias impropias –aquellas cedidas en su ejecución por otras administraciones–; el municipio es una institución política. El territorio se defiende políticamente y con ese sentido hemos desarrollado un modelo de presencia participativa con instituciones distribuidas por todo el territorio. La España que imaginamos vacía sigue conservando terrenos comunales, algo que la era napoleónica borró de Europa, y también mantenemos la capacidad y legitimidad para regular y vigilar peque-

ños entornos territoriales. La apuesta por la concentración y la insistencia en la comarcalización –a costa de suprimir municipios– no supone racionalizar, sino el arranque de un proceso de desposesión de capacidad política y el abandono de un territorio –con sus habitantes– que se hace progresivamente vulnerable frente a los procesos voraces de acumulación, que han causado auténtica devastación de recursos, destrozos ambientales y desigualdad social en grandes regiones –aquéllos cuyas capacidades políticas no tenían vinculación territorial–. Es el proceso que Harvey (2007: 21-44) brillantemente define de “acumulación por desposesión”.

Los recorridos por la composición demográfica nos han llevado a observar la incidencia del desequilibrio generacional. El corolario resulta sencillo: para conseguir un territorio atractivo debemos gestionar la diversidad generacional. Y ello nos lleva a poner encima del debate la cuestión del cosmopolitismo. La diversidad, no sólo generacional, sino cultural asociada que emerge con fuerza en las áreas rurales es el auténtico activo y por ello valor patrimonial de la España que se piensa vaciada. Sin embargo, la ausencia de los nuevos residentes, especialmente de los más diferentes, dentro del imaginario del desarrollo es inquietante. Implica, no sólo la negación de las propias oportunidades, sino el mantenimiento de patrones culturales que resultan hoy corsés. El mantra de la despoblación entierra el valor de la diversidad.

El patrimonio –el carácter rural– debe entenderse de forma dinámica; no hay una forma de ser rural, sino múltiples. En esta línea llegamos a la tercera reflexión que abre otros muchos interrogantes: los significados de la ruralidad. En el mundo actual no somos ni rurales, ni urbanos. Somos rurales y urbanos a la vez. Las áreas rurales solo funcionan sobre su conexión con centros urbanos y, a su vez, nuestro modelo urbano solo funciona por la existencia de amplios territorios rurales. Favorecer la interconexión no supone la asimilación cultural sino admitir y reconocer la existencia de procesos de hibridación. Que podamos estar entre el campo y la ciudad a la vez es la única forma de desarrollar territorios equilibrados y en los que además podamos dirigir nuestras propias vidas. La diferenciación rural y urbana la alimentamos continuamente mediante la producción de significados hasta generar todo un conjunto de nuevas actividades que conforman lo que ha venido a denominarse economía posproductiva en la que la creación de valor deviene de la capacidad de generar e incorporar significados a las producciones y servicios ofrecidos. Y aquí el corolario es que es la identidad lo que está en juego. No porque desaparezcan las identidades sino por el riesgo de que estas acaben recreando representaciones que simulan autenticidad. Las formas extractivas del capital han llegado a incorporar de forma creciente la identidad local –que es el ADN del legado generacional– en los procesos mercantiles. El pueblo-temático es el paradigma de la construcción de identi-

dades de consumo, pero también la banalización continua –tomates de pueblo, del tío Antonio o incluso la pizza de casa Masover–.

La reflexión nos ha traído hasta aquí. Primero a señalar la importancia que tienen los elementos patrimoniales en la regulación de las oportunidades de desarrollo. Segundo, a destacar la necesaria mirada que necesitamos incorporar para comprender el valor patrimonial que tiene nuestro modelo territorial. Y tercero, a advertir del peligro al que sometemos a la ruralidad cuando consideramos que debe responder a formas típicas antes que reales. No hay ruralidad vacía, pero conseguiremos vaciarla, si no atendemos a sus cambios e insistimos en comportarnos como consumidores de falsos auténticos modelos de ruralidad.

Agradecimientos

Hayan gustado o no a la lectora y lector, estas líneas se han venido fraguando en varios debates con académicos y agentes sociales a quienes es de justicia reconocer su aportación a destilar estas ideas: Jornadas sobre despoblación y cultura tradicional (Segovia, Teatro Juan Bravo); Despoblamiento desde la perspectiva de género (CCOO, Sala 1001); Diálogos Ciudadanos (Teruel, Cámaras de Comercio); Jornadas Nova Ruralitat (Benlloch, Ayuntamiento). También al Ministerio de Ciencia por el apoyo a ISO-RURAL: Red de Excelencia Investigaciones Territoriales y Desarrollo Rural (CSO2016-81728-REDT), que ha permitido la obtención de la información que soporta este texto. Y entre los agradecimientos más especiales está el Comité de redacción de *revista PH* que gracias a su invitación y al trabajo de Carmen Guerrero como urbanista del paisaje escrito, hicieron que las ideas terminaran en texto y usted, en lector.

BIBLIOGRAFÍA

- CABALLERO, F. (1864) *Fomento de la población rural*. Madrid, 1864
- CAMARERO, L.; OLIVA, J. (2016) Understanding Rural Change: Mobilities, Diversities and Hybridizations. *Sociální studia/Social Studies*, vol. 13, n.º 2, 2016 pp. 93-112. Disponible en: <https://www2.uned.es/dpto-sociologia-l/departamento_sociologia/luis_camarero/socialnistudia.pdf> [Consulta: 26/08/2019]
- CAMARERO, L.; SAMPEDRO, R. (2019) Despoblación y ruralidad transnacional: crisis y arraigo rural en Castilla y León. *Economía Agraria y Recursos Naturales*, vol. 19, n.º 1, 2019, pp. 59-82 Disponible en: <https://www2.uned.es/dpto-sociologia-l/departamento_sociologia/luis_camarero/earn.pdf> [Consulta: 26/08/2019]
- CAMARERO, L.; SAMPEDRO R. (2008) Por qué se van las mujeres? El continuum de movilidad como hipótesis explicativa de la masculinización rural. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* [en línea], n.º, 124, 2008, pp. 73-105 <http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_124_031222873178255.pdf> [Consulta: 26/08/2019]
- COSTA, J. (1911) *Política hidráulica: Misión social de los riegos en España*. Madrid: Biblioteca J. Costa, 1911
- HARVEY, D. (2007) Neoliberalism as Creative Destruction. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 610, n.º 1, 2007, pp. 21-44
- JAMESON F. (1998) *The Cultural Turn. Selected Writings on the Postmodern 1983-1998*. Nueva York: Verso, 1998
- LASH, S; URRY, J. (1994) *Economies of Sign and Space*. Londres: SAGE, 1994
- PINO, J. (DEL) (2014) Segunda residencia y residencia móvil en España. *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, vol. 12, n.º 1, 2017, pp. 199-207
- SAMPEDRO, R.; CAMARERO, L. (2017) Inmigrantes, estrategias familiares y arraigo: las lecciones de la crisis en las áreas rurales. *Migraciones* [en línea], n.º 40, pp. 3-31 <<https://revistas.comillas.edu/index.php/revistamigraciones/article/view/7561/7405>> [Consulta: 01/10/2019]
- WEIST, K.; LEIBERT, T (2013) *SEMIGRA Selective Migration and unbalanced Sex Ratio in Rural Regions. Targeted Analysis 2013/2/15* [en línea] Leibniz Institute for Regional Geography, ESPON <https://www.espon.eu/sites/default/files/attachments/SEMIGRA_Interim-Report_with-Annex.pdf> [Consulta: 27/09/2019]
- WOODS, M. (2018) Precarious rural cosmopolitanism: Negotiating globalization, migration and diversity in Irish small towns. *Journal of Rural Studies*, n.º 64, 2018, pp. 164-17